

CARLOS EDUARDO DÍAZ

NUUESTRA
MADRE ETERNA,
LA LUZ QUE GUÍA
A AMÉRICA

La historia de la Virgen de Guadalupe
y sus apariciones en el Tepeyac

DIANA

Diseño de portada: Marvin Rodríguez
Fotografía de portada: AFP
Imagen de portada: © Shutterstock
Investigación iconográfica: Luis Arturo Salmerón
Diseño de interiores: Gerardo Hernández Clark

© 2017, Carlos Eduardo Díaz Navarro

Derechos reservados

© 2017, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DIANA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Esta obra fue publicada originalmente bajo el título *Guadalupe, la virgen florida*

Primera edición impresa en México: noviembre de 2017
ISBN: 978-607-07-4524-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*¡Xochitica oo tontlatlacuilohua,
in Ipalnemohuani!
(¡Con flores escribes,
Creador de la Vida!)
Nezahualcóyotl**

*Veán que es justo que engrandezcamos
a nuestro dios y le edifiquemos su templo.*

*Moctezuma Ilhuicamina***

* *Poemas náhuatl*. Varios autores. Traducción de Ángel María Garibay. Linkgua digital. Barcelona, 2017.

** Durán, Diego. *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*. México, Editorial Nacional México, 1951.

Para Juan Pablo y para Jesús,
nocozcahuan noquetzalhuan.

Para don Armando Fuentes Aguirre «Catón»
y su bellísima esposa, doña María de la Luz,
por las razones que el corazón conoce.

PRÓLOGO

POR ARMANDO FUENTES AGUIRRE, «CATÓN»

En la Virgen de Guadalupe reside una de las más hondas raíces de nuestra nacionalidad. Sólo en ella encarnó de manera cabal eso que se ha llamado «encuentro de dos mundos». Ni india ni española es la Guadalupana, sino mestiza, como nosotros somos. A Juan Diego la Virgen le habló en idioma mexicano, pero los que recién habían llegado también entendieron sus palabras, y ahora la Virgen de Guadalupe es uno de los más claros símbolos de México, fusión de dos culturas.

Quizá originalmente no se llamó Guadalupe. No podía llamarse así, pues dijo su nombre en lengua mexicana, que carece de los fonemas «g» y «d». Su nombre original, indígena, pudo haber sido «Tequa-

tlanopeuh», «la que salió de la cumbre con peñas», o «Tequantlaxopeuh», «la que apartó a quienes nos devoraban». Hay semejanza de ambas palabras con el sonido «de Guadalupe». Los españoles, a quienes la pronunciación del náhuatl les resultaba difícil, adaptaban las voces indígenas al modo castellano. Así, de Cuauhnáhuac hicieron Cuernavaca; de Quauhaxallan, Guadalajara. Bernal Díaz del Castillo escribió «Orizaba» para nombrar a la ciudad que los indígenas llamaban Ahahuilizapan.

En esa misma forma los españoles dieron a la aparición el nombre de la Virgen que en España veneraba Hernán Cortés. Alguna vez el conquistador sufrió la picadura de un alacrán y se vio cerca de la muerte por los efectos que le causó el veneno. Invocó a la Virgen de Guadalupe —la española—, y cuando volvió a España le regaló en Cáceres un espléndido alacrán magníficamente labrado en oro por manos de orífices indígenas. «[...]Vino (Cortés) a esta santa casa año de 1528 —reza una acta que se halla en ese templo— y truxo este escorpión de oro, y el que le había mordido dentro».

Tan grande llegó a ser la devoción por la Guadalupeana que ante ella hubo de retroceder el anticlericalismo de los liberales «rojos» en tiempos de Juárez. Relata don Ignacio Manuel Altamirano que en 1861 se nacionalizaron y adjudicaron las alhajas de los templos en la Ciudad de México. El 4 de marzo se sacaron «por orden del Gobierno» las de la iglesia de Guada-

lupe, incluido el marco de oro de la venerada pintura de la Virgen. Dos días después todo fue devuelto por orden del mismo Gobierno, preocupado por la enorme irritación popular que provocó el despojo.

Aunque parezca increíble existieron masones guadalupanos. Hubo una logia del rito yorkino que se llamó «India Azteca». Tal era el nombre simbólico que en la fraternidad se daba a la Virgen del Tepeyac.

El día que Carlota vio la pintura de la Morenita dijo a Maximiliano: «¡Qué linda imagen! Me ha conmovido profundamente». Y todos entendieron lo que había dicho, porque lo dijo en español.

Hay una hermosa copla anónima para cantarse con música de huapango:

Las morenas me gustan
 desde que supe
 que es morena la Virgen
 de Guadalupe.

He ahí, sintetizada en cuatro versos, la honda devoción que al pueblo mexicano inspira la Guadalupana.

Cuando por primera vez leí el libro que escribió Carlos Eduardo Díaz —varias veces lo he leído ya— tuve un deslumbramiento. Es una obra escrita con las razones que da la fe y con fe en las verdades que la razón da. En el libro hay al mismo tiempo belleza de forma y sustancia de fondo. Creyente, el autor nos entrega los frutos de una rigurosa investigación

hecha a lo largo de veinte años. Su texto nos lleva a ahondar en lo que fue el mundo indígena antes de la llegada de los españoles, y en lo que nuestros antepasados aborígenes vieron en la imagen de la Guadalupana.

Yo soy mariano, y Mariano me habría gustado ser, como mi padre. Soy mariano porque amo con devoción a María, madre de gracia y madre de misericordia, esclava que se hizo reina, reina que se hizo esclava. No soy digno, lo sé, ni de decir su nombre, pero lo digo con el atrevimiento del enamorado, igual que el saltimbanqui que hizo piruetas ante la imagen de Nuestra Señora porque no conocía otro rezo que el de sus volatines.

En mi pequeña y parda teología personal, la Virgen es la dimensión femenina de la divinidad. El Dios en que yo creo es amoroso, porque es fruto materno de mujer, de una mujer virgen y al mismo tiempo madre. Mejor que cualquier mariología lo explica la sabiduría popular:

Óigame usted, Santos Flores,
que le voy a preguntar:
¿cómo, pariendo la Virgen,
doncella pudo quedar?

Escuche, doctor Mateo,
que le voy a contestar.
Tire una piedra en el agua.

Se abre, y vuelve a cerrar.
Así, pariendo la Virgen,
doncella pudo quedar.

A través de María bajó Dios a la tierra; a través de Ella ascendemos nosotros hacia el Cielo. Esto de la Encarnación no es cosa para saberse —¿qué podemos saber nosotros?— sino para sentirse. Los mexicanos somos ricos: tenemos dos Navidades en diciembre. Una es la nuestra, la del día 12. En el Tepeyac fue nuestra Navidad como nación. Otra es la Navidad de todo el mundo, de ese mundo que en Nochebuena nació para el amor.

Ni española ni indígena es nuestra madre: la Gualupita es mestiza mexicana. Está encinta; lleva en su vientre al Hijo, y en ese hijo nos lleva a todos. Por Ella el páramo floreció en rosas, pero Ella misma fue la mejor rosa del rosal. Ahora es nuestro símbolo: en México hasta los ateos son guadalupanos. Yo, que dudo de todo, no dudo nunca de Ella. Le digo las antiguas oraciones; antiguas porque vienen de siglos —«Bajo tu amparo nos acogemos, oh, santa Madre de Dios...»— y antiguas porque las aprendí de niño. Le canto las entrañables alabanzas que canta el pueblo, dolorido pueblo y aun así esperanzado gracias a la Morenita. La saludo con la rendida «O» de las antífonas, y me detengo a oír «la Magnífica», su triunfal himno de mujer, tan humilde y tan majestuosa. La miro de rodillas

junto al pesebre, y de pie junto a la cruz en un inacabable «Stabat Mater».

Peregrino de la vida —todos los hombres somos homo viator—, llego en mi íntima peregrinación hasta el altar de la Señora y le pido me cubra con su manto. Cuando viene el dolor escucho sus palabras: «¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?». Palabras son ésas para quitar toda tristeza, toda desolación.

En su fecha pongo en vuelo hacia María de Guadalupe todo un aviario de avemarías, y desgrano ante Ella los piropos lauretanos, esos sabrosos requiebros hechos de poesía y amor: «[...] Rosa mística [...] Torre de David [...] Torre de marfil [...] Casa de oro [...] Arca de la alianza [...] Puerta del cielo [...] Estrella de la mañana [...]»; y los otros de reciente letanía: «[...] Mujer de la nueva era [...] Mujer vestida de sol [...] Mujer coronada de estrellas [...]». Me hago niño ante Ella, como cuando mi abuela, mamá Lata, me enseñaba a levantar la mano, lo mismo que la tiende un pobre, para pedirle a la Señora el pan. Igual de suplicante voy a Ella para pedirle que esté siempre con nosotros; que siga siendo vida, dulzura y esperanza nuestra.

Esa fe, acompañada de mucha ciencia, se halla en este libro de Carlos Eduardo Díaz. Siempre somos mexicanos, pero el 12 de diciembre lo somos más. A la Guadalupana le pedimos su gracia para nuestras desgracias. Ella nos manda de regreso a casa con las manos llenas de rosas. Yo le pido solamente tres: una

de fe para creer; otra de esperanza para confiar, y la tercera de amor a mi prójimo. Mi prójimo eres tú, que has leído esto.

Saltillo, Coahuila, diciembre de 2016.



INTRODUCCIÓN

El 12 de diciembre de cada año, día en que se celebra a la Virgen de Guadalupe, México adquiere un tinte singular. Los creyentes se desbordan, llenan las calles, nutren peregrinaciones, asisten a santuarios, colocan imágenes en casas, oficinas y escuelas. Sin embargo, para los no creyentes, el día no pasa inadvertido; pueden mostrar enojo, lanzar críticas o burlas, pero la fecha no les es indiferente. Existen muchos no católicos y ateos que van más allá: a pesar de su desprecio por la Iglesia, son guadalupanos.

En efecto, la Virgen de Guadalupe demuestra que no es necesario ser católico para creer en ella, quizá porque no sólo se trata de un símbolo religioso, sino también cultural. Por eso se encuentra lo mismo en templos

y altares que en nichos ubicados en las fachadas de las casas, estampada en prendas de vestir, en muros de barrios conflictivos, en tatuajes que portan integrantes de pandillas o grupos delictivos, y sí, también en artículos escolares y de oficina, así como en accesorios tan diversos como relojes, llaveros, aretes y collares.

La realidad es que no existe otra imagen en torno a la que tantos mexicanos se agrupen al mismo tiempo. Ante ella —ante esta representación profundamente espiritual que sobrepasa las divisiones religiosas— la gente se persigna, llora, reza, suspira y suplica; se muestra vulnerable, escarba en busca de ternura, o bien, da rienda suelta a su odio, a sus críticas y hasta a su intolerancia. Lo notable es que la imagen guadalupana no pasa inadvertida para nadie, y ésta es su virtud principal: está presente para todos, incluso para quienes la ridiculizan.

Esta omnipresencia no es gratuita, aunque es parte de un culto en buena medida ignorante: todos los mexicanos saben *quién* es Ella, pero pocos, muy pocos, saben el *porqué* de Ella.

A pesar de que la lógica indique lo contrario, esta *ignorancia* no es del todo grave. La religiosidad popular —que es, desde luego, la que predomina en este país— no requiere de razones. Ni un hombre que ha caminado durante días enteros dentro de una peregrinación para llegar a un santuario, ni una mujer que ingresa de rodillas a un templo, necesitan saber o entender la raíz o la parte racional de sus creencias. A esta clase de ac-

ciones las mueve la fe, la esperanza, y en la religiosidad popular la razón no sólo no es indispensable, sino que a veces estorba. En los actos piadosos, en las mandas, en las promesas, en los juramentos y en los sacrificios, se actúa, se tiene confianza, se tiene fe. Pero sólo eso. El raciocinio está de más, es una piedra a la mitad del camino, porque la fe es ciega y la lógica se contrapone a los hechos milagrosos.

Es por ello que los devotos guadalupanos no requieren saber los hechos ni la historia que hay detrás de la venerada imagen, mucho menos su trasfondo cultural o teológico. Simplemente no les hace falta; les basta la imagen misma para sentirse *sus* hijos y sentirla *su* Madre. Esto es precisamente lo que se llama devoción: entregarse a una experiencia mística sin razonar en ella.

No obstante, si nos dejamos guiar por la mera devoción o incluso si permitimos que nos arrastre el simple odio visceral, seguramente jamás nos interesaremos en profundizar en el hecho guadalupano (que engloba principalmente a la imagen misma y a lo narrado en el *Nican Mopohua*). De ser así, nos estaremos perdiendo del acontecimiento cultural más rico de toda la historia de México y, sin lugar a dudas, uno de los más asombrosos a nivel mundial.

* * *

Lo que sucedió en el Cerro del Tepeyac en 1531 se adelantó a la historia en por lo menos 431 años, pues

la imagen de la Virgen de Guadalupe es un perfecto ejemplo de inculturación; un concepto que la Iglesia comenzó a utilizar a partir de 1962 gracias al Concilio Vaticano II. Es decir, cuatro siglos antes de que el papa Juan XXIII convocara a este encuentro ecuménico, en el hoy llamado continente americano —en medio de europeos educados en la Edad Media que veían demonios y herejías en todas las manifestaciones religiosas propias de los pueblos autóctonos, y por tanto se dedicaban a destruirlas, incluso en medio de brutales saqueos, abusos y violaciones— se estaba llevando a cabo una asombrosa inculturación sin precedentes.

Ni los españoles (intolerantes, temerosos a lo diferente, cargados del oscurantismo de la época y del extremismo de la Inquisición) ni los mexicas (que sufrieron la destrucción de su mundo) poseían los conocimientos, mucho menos el ánimo o la visión para concebir algo como lo que sucedió.

Inculturar es un término exclusivo de la religión católica que significa armonizar el cristianismo con las culturas de los pueblos que se desea evangelizar. Es decir, no destruir las culturas que ya existen en un lugar, tampoco denostarlas o negarlas; jamás empeñarse en demostrar lo equivocadas que están, sino conocerlas, amarlas y maravillarse con ellas para después tomar sus mejores elementos, sus signos más bellos, y utilizarlos para introducir el catolicismo de forma natural. Esto fue lo que sucedió en 1531, pero

no gracias a los españoles, ni a los mexicas, ni a ningún otro pueblo.

No, ni los españoles, que no tenían ojos sino para el oro, ni los nativos, que fueron las grandes víctimas, los injustamente despojados, pudieron haber concebido la inculturación, mucho menos una como la que dio origen al hecho guadalupano: magníficamente balanceada.

A diferencia de los conquistadores, incluso a diferencia de los mismos sacerdotes y misioneros que en un principio condenaron y destruyeron sin piedad prácticamente todo lo que se encontraron en este lado del mundo, el mensaje guadalupano fue distinto: amoroso y dignificante de raíz. La Señora del Tepeyac no se presentó jamás como la madre de Jesucristo, sino como la madre de «el Señor del Cerca y del Junto», la madre de Ometéotl, a partir de lo cual fundió las creencias de ambos mundos en una sola, especialmente elaborada para los hombres de esta tierra.

Así es: el mensaje guadalupano tiene un destinatario específico, aunque no exclusivo. Ella les habló a los mexicas y les dejó estampado su mensaje para que pudieran *leerlo*, interpretarlo, hacerlo suyo. Ella se hizo presente para hablarles en particular a los mexicanos, y lo hizo en su lengua. No en la de los conquistadores, sino poéticamente, en náhuatl, y por medio de un códice elaborado a base de ideogramas.

El que la Señora haya hablado en esta lengua, y el hecho de que haya utilizado los fundamentos de esta

cultura para transmitir su mensaje, no fue casualidad: se trataba, después de todo, de la civilización dominante al momento de la conquista.

Si bien los destinatarios principales y obvios fueron los mexicas, no se trató de un hecho excluyente, sino de un trampolín. Utilizó la cultura que imperaba para alcanzar a todos los hombres de esta tierra, e incluso a los hombres de otras latitudes.

Es verdad: los destinatarios primordiales fueron los mexicas y demás grupos de ascendencia nahua, pero el mensaje posee una clara proyección universal que se comprueba al desmenuzarlo.

* * *

Para acercarnos a las raíces del evento guadalupano debemos partir de tres consideraciones:

1. La imagen de la Virgen de Guadalupe *es* un códice.
2. Por tanto, puede *leerse*. Interpretarse.
3. Por desgracia, jamás llegaremos a entender por completo todo lo que contiene.

El punto tres se debe a que los conquistadores se encargaron de destruir gran parte de la herencia prehispánica —códices, testimonios, imágenes— por lo que nuestro conocimiento del mundo antiguo siempre será incompleto.

Éste es un hecho terrible pero cierto: jamás llegaremos a entender de manera íntegra todo lo que la imagen guadalupana contiene. Nunca podremos saber con absoluta certeza la totalidad de lo que los mexicas vieron y *leyeron* en ese hermoso códice.

No obstante, podemos hacer algo muy rico y muy valioso: acercarnos e interpretar en buena medida los elementos presentes tanto en la imagen como en la narración de las apariciones de la Virgen, pero la clave para hacerlo no se encuentra en la religión, sino en la historia.

Así es: entre más sepamos acerca del universo mexica, e incluso de las culturas que lo influenciaron, como la teotihuacana y la tolteca, así como de la situación que se vivía en la España de finales del siglo XV y comienzos del XVI, tendremos mejores herramientas para descifrar lo que se encuentra plasmado en el ayate de Juan Diego, pero también —y muy importante— lo descrito en el *Nican Mopohua*. Por consiguiente, nuestro recorrido debe comenzar en un punto específico: en el el mito mismo sobre la fundación de la imponente ciudad de México-Tenochtitlan.



LOS ORÍGENES

*Tu oficio es dar de beber al Sol
con la sangre de los enemigos,
y dar de comer a la Tierra
con el cuerpo de tus enemigos.*

Primeras palabras que escuchaban los niños
nacidos en México-Tenochtitlan.*

La historia antigua de México posee una interesante característica: por mucho que indagemos, nunca podremos conocer a ciencia cierta, mucho menos en su totalidad, lo que sucedió en nuestro país antes de la llegada de los españoles por dos razones fundamentales.

* Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Editorial Porrúa, México, 1975.